



BORGES CONTRA EL TIEMPO

Por José David Espasandín García

Desde una perspectiva filosófica, el siglo XX es el siglo del descubrimiento del tiempo. Han tenido que pasar más de dos milenios para que los hombres despertasen de su dulce ensoñación: no hay horizontes de sentido totalizadores que nos salven de la corriente ciega del tiempo. Nietzsche, en cuya tumba luce a modo de símbolo el año 1900, ha desenmascarado la gran mentira de todas las épocas: "lo que es no deviene; lo que deviene no es". La incapacidad para asumir el bullicioso movimiento de este mundo ha conducido a la proyección de un trasmundo de quietudes y eternidades en el que los occidentales nos hemos refugiado hasta hace poco. El platonismo y el cristianismo pasan por ser las cristalizaciones más logradas del fenómeno. La vista baja y la esperanza en el cielo, la renuncia a enfrentar el tiempo insalvable como única realidad. Ésa parece haber sido la divisa de nuestra larga historia.

El siglo XX despierta su conciencia filosófica de un modo muy particular, como la de un siglo desengañado. Su primera gran acción es una renuncia. Heidegger desiste conmovedoramente de continuar con una "gigantomachia perí tes ousias": ya no es posible seguir discutiendo en torno a una metafísica de las esencias. Su gran mérito es el de haber puesto en claro la

1 NIETZSCHE, F., *El crepúsculo de los ídolos*, Alianza, Madrid, 2001, p. 51.

inconsistencia el aspecto estable del ser. El mundo es siempre y necesariamente precario, fugaz, huidizo, está siempre en vías de aniquilación, y nosotros con él. Ya no hay, a estas alturas, sucedáneo que nos evoque los paraísos artificiales de antaño. Ésa es la consecuencia y el nuevo estado de cosas. Ante tal escenario caben múltiples alternativas, y el desarrollo del pensamiento filosófico del S. XX responde, en buena medida, a los intentos por formularlas y lograr sobrevivir a la “muerte de Dios”, buscando un modo de interpretar el hundimiento de las categorías de sentido y finalidad.

Todo este panorama intelectual constituye la clave interpretativa desde la que entender ciertos aspectos de la obra borgiana. El escritor argentino toma a lo largo de su trayectoria una posición respecto de la caída del viejo orden. A Borges le preguntaron si creía en Dios; él respondió que no, pero que lo había intentado por todos los medios. Bien pudiéramos resumirlo todo en eso. Reacciona el derrumbamiento con una mezcla enternecedora de ilusión y conciencia profunda de lo penoso de tal reacción.

En una época que ha dinamitado el esquema dualista de un mundo-fundamento sin tiempo y un mundo-fundamentado temporal, Borges se aflige como un espíritu conservador, celoso de las conquistas arrebatadas. Su intención es la de quien anhela recobrar la estabilidad, se parece a la actitud de un reconstructor. Pero es lo suficientemente perspicaz como para mantenerse en una ambivalencia juguetona que por momentos se escora hacia la resignada asunción del devenir como única realidad.

Con todo, intenta su refutación del tiempo que tiene lugar en el marco de su reivindicación del idealismo. Según esta tendencia, la Idea, concebida como oposición a la Realidad, destaca por los atributos de atemporalidad y estabilidad. Se contraponen al devenir, al que sustenta ontológicamente. Los pensadores más presentes en su obra son marcadamente idealistas, y esto en un sentido muy concreto: son filósofos que consideran que el mundo, en cuanto reductible a sensaciones e ideas, termina siendo algo propio de la mente o accesible sólo a la mente. No hay diferencia en este punto entre figuras tan aparentemente alejados como Parménides, Platón, Hume, Berkeley, Bradley o Schopenhauer. Y ¿cuál sino ésta reducción del mundo a un aspecto de la mente habría de ser el primer paso para permitir que ese mismo mundo sea manipulado, re-representado y figurado de nuevo bajo una ficción? No puede sorprender la adhesión de Borges al idealismo. Dejar de asumir ingenuamente el mundo como algo real, con consistencia *per se*, es el primer paso para ficcionarlo.

Una comparación con el campeón idealista, Platón, arroja más luz sobre el porqué de la adhesión borgiana a esta corriente. Ambos son maestros de la escritura, pero en sentidos muy distintos. El ateniense ejecuta la ficción como un pretexto para que surjan sus ideas filosóficas, mientras que Borges hace justo lo contrario. Para Platón la puesta en escena y la forma dialógica son importantes en la medida en que permiten aparecer una filosofía, y dicha puesta en escena es construida y retocada de acuerdo a tal fin. Los personajes que han de hablar son los pertinentes para la discusión, al margen de otras consideraciones. Así, por ejemplo, cuando se trata el problema del ser, aparece Parménides, quien con su pensamiento da juego al planteamiento de la cuestión. Del mismo modo ocurre frecuentemente con los escenarios: en un banquete entre amigos se desarrolla el tema del placer y del amor, en una exhibición gimnástica el de la educación, etc. Contemplamos, por tanto, como en los escritos de Platón personajes, escenarios, tramas, en fin, el conjunto del aparato ficcional, se encuentra en el papel de medio, subordinado a la exposición de una doctrina.

Pero en Borges ocurre el movimiento exactamente opuesto: la ficción es siempre el punto de llegada, la filosofía es [a veces] el medio. La maestría del argentino, no se encuentra ya en la escritura de doctrinas, sino en la creación de ficciones. El interés filosófico borgiano se concentra fundamentalmente en aquellos elementos que le pueden servir para generar los cuentos. El idealismo pasa aquí de jugar el papel de una posición intelectual al de una herramienta. Permite que el intelecto se enseñoree frente al mundo y lo constituya. De lo que se trata, por tanto, es de ganar materiales para la arquitectura de los relatos, más que de aportar reflexiones positivas. Borges puede generar un mundo nuevo a través de la configuración de una peculiar metafísica ecléctica, que ora toma elementos de Schopenhauer o Bradley, ora de Spinoza o Parménides, y una vez hecho esto es el propio escritor quien se convierte en cronista de ese mundo que acaba de generar. Este es, en esencia, el nacimiento de un relato borgiano. En lugar de poner en juego unos personajes e ir detrás de ellos, anotando sus vicisitudes, el argentino lanza un mundo y recoge las consecuencias de este lanzamiento. La reducción de lo empírico a racional, del universo a la mente, en definitiva, el anhelo idealista, no puede encajar mejor con esta clase de pretensiones.

Platón aparte, los filósofos más influyentes en su obra son, justamente, aquellos que más juego pueden dar para la génesis literaria que acabamos de señalar. F. H. Bradley, quien a nuestro juicio es la principal referencia borgiana en metafísica, abandera un idealismo absoluto del que rebosan los textos de Borges, textos en los que la realidad toda es un producto de la mente. El inte-

lectualismo de sus relatos nace precisamente de esta consideración. La mente proyecta una combinatoria de posibilidades metafísicas, a modo de juego, que generan fenómenos, un mundo de apariencias a veces disparatado y contradictorio. La metafísica es entonces un paso previo al advenimiento de la ficción. Se diría que el idealismo le ofrece dos ventajas: es un dique contra la corriente del tiempo desatada tras el siglo XIX y una justificación para manipular universos y crear cuentos.

Las paradojas de Zenón

Mi lector notará en algunas páginas la preocupación filosófica. Fue mía desde niño, cuando mi padre me reveló, con ayuda del tablero de ajedrez [que era, recuerdo, de cedro] la carrera de Aquiles y la tortuga” *El oro de los tigres*, “Prólogo” [1972]

El hecho de que la prematura vinculación de Borges con la filosofía se encuentre mediada por la paradoja de Zenón sobre la carrera de Aquiles y la tortuga revela una pretensión temprana del escritor por el intento de sustraerse al tiempo.

La paradoja en cuestión ha sido formulada por Zenón de Elea y pretende ser un referendo de las tesis de su maestro Parménides, quien había establecido las diversas propiedades del ser, entre las que destaca la de la inmovilidad. Dicho brevemente, Parménides fue el primero que marcó una distancia radical con el mundo físico como algo dado, y contrapuso este mundo en tanto que apariencia percibida por los sentidos al mundo verdadero concebido a partir de la razón. También hizo algo más importante: caracterizó el primero con el no-ser y el segundo con el ser, comenzando así un camino dualista en el que el elemento mental se vuelve preponderante, un camino por el que transitará Platón y, a través de la duda radical cartesiana, los principales pensadores modernos.

Parménides supone un punto de inflexión en la filosofía griega por cuanto contrasta con los paradigmas anteriores, según los cuales el movimiento era una propiedad esencial a la materia y, por implícito, tendía a no problematizarse. A partir de él será una preocupación constante y la filosofía comenzará a marcar una división cada vez más clara entre materia movida y causa motriz, empapándose esta última de los atributos de la inteligencia y cobrando un lugar de creciente privilegio ontológico. Este dualismo no-tiempo/tiempo o fundamento/fundamentado, como sabemos, marcará decisivamente la historia de la filosofía y será, bajo el cristal del creacionismo, una de las premisas

fundamentales de la religión cristiana. Arraiga también en el esquema mental de Borges, pero en su caso como una reacción que busca recuperar la calma ante el panorama de disolución de todas las categorías vinculadas a la estabilidad.

Hay que leer sus escritos sobre Zenón justamente como una parte de ese proyecto de refutación que, si filosóficamente está destinado al fracaso, ha abierto en él la posibilidad de una arquitectónica para sus relatos. La paradoja de Aquiles y la tortuga forma parte de esto, aunque a primera vista parezca referirse al espacio. Recordemos que se postula como la imposibilidad de que Aquiles alcance a la tortuga si le da ventaja, ya que para recortar esa ventaja el périda habría de recorrer una distancia, invirtiendo un cierto tiempo, en el cual la tortuga recorrería, a su vez una pequeña distancia, que para recuperar Aquiles habría de invertir otro tiempo, dándole a la tortuga la ocasión de recorrer otra pequeñísima distancia que se habría de recortar ulteriormente, y así hasta el infinito. Aquiles siempre va a tener una distancia que recuperar porque recuperando la distancia inicial le da ocasión a la tortuga de que aunque poca, le quite otra cierta distancia. Pero no sólo es un atentado contra el movimiento, pues implica a su vez que antes de que pasen diez minutos han de pasar cinco, y antes dos y medio, y antes uno y tres cuartos, y así sucesivamente. Si merced a ella hemos de negar la irrealidad del movimiento, de los fenómenos, y admitir la quietud del mundo, debemos, para Borges, afirmar en la misma medida la irrealidad del tiempo y, según el razonamiento del argentino, su consiguiente falsedad.

Si hay entre Platón y Borges un común sentir idealista, también hay otra similitud que tiene que ver con la posibilidad del idealismo mismo como doctrina y con la viabilidad de darle la espalda al tiempo. La tradición nos ha transmitido un Platón dualista a ultranza, demasiado a menudo pasado por el tamiz de neoplatónicos y cristianos, pero en esta interpretación son difíciles de encajar algunos de sus últimos diálogos, entre ellos precisamente uno intitulado, no por azar, *Parménides*. Es el diálogo que cuestiona, si no rompe, la diferencia ontológica establecida en el *Fedón* y la *República* entre el mundo temporal y el atemporal. El diálogo se abre, como la vida filosófica de Borges, con una paradoja de Zenón, esta vez contra la multiplicidad, pero sigue el desarrollo hasta llegar a derrumbar el propio dualismo de Platón hermanando lo uno con lo múltiple el tiempo de lo sensible con la temporalidad de lo inteligible en un todo que hace tambalear la misma idea de Verdad.

Platón había tratado de refutar el tiempo superponiéndole a su dominio un esquema estático en una construcción fuertemente jerarquizada. Pero en el

Parménides vemos a un Platón desengañado por los avatares de Siracusa, quizá por las críticas de Eudoxo y quizá también por la popularidad de cierto estagirita revoltoso que embelesa a la Academia y a Atenas con sus ataques a la doctrina de las Ideas. Un Platón más viejo que comienza a abandonar a Sócrates y a volverse a su maestro de la adolescencia Cratilo y, eminentemente, al oscuro Heráclito, un Platón que introduce el movimiento en el ser; un Platón que finalmente no pudo refutar el tiempo.

El Borges del cuarenta y seis, que ha querido postular un idealismo atemporal, acepta también su fracaso y la imposibilidad de conseguir una refutación exitosa:

El tiempo es la sustancia de la que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego. El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges.²

También él vuelve a Heráclito y asume, como Platón, que lo real está atravesado de tiempo. Termina por marcarse una distancia con su propio proyecto y asumir la imposibilidad del idealismo: dar cuenta de los fenómenos, del cambio, sin inventar ilusiones ultraterrenas en las que ya no se confía:

En el decurso de una vida consagrada a las letras y [alguna vez] a la perplejidad metafísica, he divisado o presentido una refutación del tiempo, de la que yo mismo descreo, pero que suele visitarme en las noches y en el fatigado crepúsculo, con ilusoria fuerza de axioma. Esa refutación está de algún modo en todos mis libros.³

Un intelectual de principios de siglo tiene que batirse necesariamente con la cuestión del tiempo y de la posición de la existencia humana en el mundo. Borges reacciona reiterando el viejo fármaco: tranquilicémonos ante su efecto corrosivo, el tiempo es una ilusión, lo verdadero es atemporal. De ahí pasa, bebiendo de pensadores modernos, a considerar las ideas como estados mentales. El proyecto de una refutación del tiempo se hermana con la posibilidad de la ficción: la exterioridad que cambia sólo es un derivado de las ideas del intelecto. Por supuesto, Borges pertenece a su época: le rodea la sensación de servir a un propósito vacío, de que tratar de negar lo evidente

² BORGES, J. L., "Otras inquisiciones" en *Obras completas*, Vol. II, Emecé, Barcelona, 1989-2004, p. 149.

³ *Op. cit.*, p. 137.

no es más que un recurso literario, como algunos dirán más adelante de toda metafísica. En este momento ni siquiera escapar a la futilidad es prebenda de los idealistas.

REFERENCIAS:

- BORGES, J. L., *Obras completas*, Emecé, Barcelona, 1989-2004.
 NUÑO, J., *La filosofía de Borges*, Reverso Ediciones, Madrid, 2005.
 PLATÓN, *Diálogos*, Gredos, Madrid, 2006.
 SÁBATO, E., *El escritor y sus fantasmas*, Seix Barral, Barcelona, 1997.



Matilde Urbach



Pierre Menard

» Ilustracions de Héctor Quintela.